

Antes y después de la vivienda moderna

N. John Habraken

Un libro sobre ‘la vivienda colectiva en la ciudad contemporánea’ sólo podría escribirse hoy, porque su título habla del entorno residencial cotidiano entendido como arquitectura. Y lo hace con razón, ya que con la arquitectura moderna el tejido residencial cotidiano llegó a ser fruto de un ‘proyecto arquitectónico’ por primera vez en la historia de los asentamientos humanos. Y ese tejido ha sido el resultado de creaciones profesionales, propuestas alternativas, debates y experimentos. En la actualidad, el entorno construido corriente ya no es la fuente de la que la arquitectura extrae energía, habilidades y significado cultural, sino que él mismo se ha convertido en arquitectura.

Durante miles de años, el proyecto del tejido residencial como tal fue algo desconocido. Cuenta la historia cómo en el siglo VII el ejército conquistador musulmán fundó la ciudad de Fustat en el Bajo Egipto. Se lanzaron flechas en varias direcciones desde el lugar designado para situar la mezquita del viernes. Donde cayó cada flecha se asentó y construyó su barrio cada una de las tribus que componían el ejército. El tipo de casa y sus implicaciones territoriales eran conocidos por todos.

Mucho antes, las ciudades coloniales griegas se trazaban ya geométricamente, pero el tejido construido propiamente dicho se basaba en un tipo de casa conocido. Los romanos también fundaron nuevas ciudades sobre la hipótesis de que el tipo de casa y el tejido urbano serían una copia más ordenada de aquéllos en los que ellos mismos habían nacido. Los muros fortificados, las puertas urbanas y las dos calles principales, perpendiculares entre sí, de las nuevas ciudades se trazaban con la disposición de costumbre, tras lo cual los ciudadanos rellenaban los espacios resultantes con edificios con los que estaban familiarizados.

David H. Friedman ve en el trazado geométrico de las ciudades florentinas del Renacimiento el inicio del diseño urbano profesional. También en este caso, el tejido residencial estaba definido por un tipo de casa conocido y no necesitaba ningún requisito adicional. Por la misma época, la fundación de las *bastides* en Francia seguía un patrón similar. La Nobleza y la Iglesia –que delimitaban las tierras necesarias para esas ciudades y concedían a sus ciudadanos la liberación de las leyes feudales y los impuestos– hablaban de ‘implantar’ las nuevas ciudades. Cuando los burgomaestres de Ámsterdam quisieron ensanchar la ciudad en el si-

N. John Habraken (1928), arquitecto, profesor y teórico holandés, es autor de numerosos libros sobre la vivienda colectiva, algunos de ellos publicados en español: *Soportes: una alternativa al alojamiento de masas* (1972), *El diseño de soportes* (1976) y *Soportes: vivienda y ciudad* (2009).

glo xvii con tres monumentales canales concéntricos, sus deliberaciones se anotaron cuidadosamente y todavía están en los archivos de la ciudad, pero no hay ningún ‘diseño urbano’ en esas anotaciones. Las ampliaciones anteriores ya se habían hecho mediante canales que rodeaban el núcleo medieval, y añadir tres más era la manera indiscutible de permitir que la ciudad creciese. Todo el mundo sabía lo que era una casa con fachada al canal, y las decisiones sobre la ampliación de las calles existentes que cruzaban los nuevos canales o sobre el tamaño nominal de los solares de las casas y las anchuras de canales, calles y callejones podían tomarse sin hacer dibujos antes de trasladarlas a los responsables de la ejecución.

A lo largo de la historia, los tejidos urbanos construidos para la vida diaria fueron fruto del alojamiento combinado con la artesanía. Ambas cosas compartían un tipo de casa que encarnaba la cultura local: un saber común que permitía mejoras y variaciones graduales a lo largo del tiempo. Esos tejidos urbanos constituían, por supuesto, la mayor parte del volumen construido de la ciudad y en gran medida definían su identidad para los visitantes. La genealogía de la arquitectura, tal como está formalmente documentada en la actualidad, se refiere a esos edificios especiales en los que reconocemos la destreza de individuos creativos que superaban los hábitos cotidianos de la construcción. Normalmente, los lugares de culto de una ciudad, sus palacios y sus fortalezas muestran ese orden espacial deliberado y esa construcción inventiva que entendemos como signos de un verdadero ‘proyecto’. Pero también ellos delatan su parentesco con el tejido en el que estaban embebidos: lo corriente y familiar era el terreno en el que crecía lo especial, como las flores que brotan de una mata frondosa.

Naturalmente, el límite entre la ‘arquitectura’ entendida como el trabajo de un proyectista profesional o de un maestro constructor, por un lado, y una tradición vernácula que proporcionaba la mayor parte del volumen construido corriente y anónimo, por otro lado, es una zona gris y sobre ello puede debatirse largo y tendido. Pero esto deja como algo indiscutible la presencia histórica de los asentamientos humanos en general como producto autónomo de un proceso sociocultural de gran resistencia y adaptabilidad. Que esos entornos ‘corrientes’ pudiesen ser sofisticados y bellos es indudable. El descubrimiento de la ‘arquitectura sin arquitectos’ –que tanto sorprendió a la profesión hace algún tiempo– simplemente puso de manifiesto el hecho de que los tejidos residenciales no tienen que ser obra de arquitectos para tener su propia calidad. Seguimos admirando los tejidos urbanos de Ámsterdam, Venecia, Pompeya, el Bagdad histórico y muchos otros ejemplos que aún conocemos por su elevada calidad de lo corriente. Un edificio singular situado dentro de esos tejidos muy bien podría poner de relieve el cuidado y el buen gusto de sus creadores,

pero la coherencia tipológica de un tejido cultivado durante generaciones no es un invento de proyecto, sino el resultado de un proceso completamente distinto.

Por el contrario, los entornos residenciales colectivos que el profesor, investigador e historiador Josep Maria Montaner examina en este libro ya no fueron obvios: fueron inventados por conocidos individuos creativos y presentados con un nivel de detalle a menudo muy elaborado. El lúcido estudio del autor invita a la reflexión acerca del significado de este cambio fundamental en la historia de los asentamientos humanos.

Ya sabemos lo que ocurrió. Nuevas maneras de construir, el uso de nuevos materiales y nuevos equipamientos reemplazaron a la artesanía habitual. Los nuevos modos de vida, desarraigados debido a masivos movimientos demográficos, ya no podían inspirar la ejecución y quedaron definidos de manera funcional. La propia ejecución llegó a controlar proyectos muy grandes impulsados por modelos de gestión desarrollados para la producción industrial y por la logística, un instrumento creado en la II Guerra Mundial para trasladar ejércitos gigantescos por todo el globo. El deterioro del contexto vernáculo familiar también debilitó la imagen que el arquitecto tenía de sí mismo como creador de edificios especiales en dicho contexto. Los Congresos Internacionales de la Arquitectura Moderna (CIAM) trataron de justificar un nuevo papel profesional del arquitecto declarando todo el entorno construido un problema de proyecto. Como resultado de ello, ya nada era conocido y todo tenía que ser proyectado.

La ambición profesional de reivindicar el entorno construido por sí mismo también estigmatizó como algo inaceptable e incontrolable los tejidos 'informales', que con frecuencia cubren más de la mitad del volumen construido de muchas de las megaciudades en rápida expansión de todo el mundo. Esta parte del entorno construido contemporáneo todavía sigue modos de asentamiento inmemoriales, si bien con frecuencia de un modo primitivo e improvisado. Entre los proyectos residenciales formales, por un lado, y las invasiones de los pobres, por otro, encontramos una zona extensa y ambivalente en la que operan los constructores de casas y los sistemas prefabricados: unos entornos que ni están reivindicados por la arquitectura formal ni pertenecen a iniciativas de autoayuda. En ese amplio espectro de asentamientos residenciales contemporáneos, el estudio de Montaner relata el intento de la 'Arquitectura' de contribuir a todo ello. La narración mantiene una admirable inteligencia factual que evita teorizar, pero que señala con lucidez los frutos de un siglo de intentos constantes de reemplazar la energía de una tradición cultural viva con la de la creatividad profesional.

Como resultado de todo ello, las observaciones del autor trazan un arco que parte del deseo, dominante en los primeros mo-

mentos, de inventar un mundo completamente nuevo, para llegar al reconocimiento, más reciente y ocasional, de que el entorno cotidiano sigue cuidando de sí mismo y de que tal vez hay algo que aprender de ello.

La mejor manera de apreciar las diversas transformaciones de los asentamientos humanos en el último siglo es volar por encima de esos territorios urbanos y suburbanos que se extienden sobre amplias partes de los continentes de todo el mundo. Su extensión misma sigue resultando abrumadora. La realidad material de ese cambio fundamental es incluso más impresionante. Tal vez la mejor manera de captarlo sea enumerando los centenares de subsistemas técnicos y nuevos materiales inventados, desarrollados y aplicados en ese periodo relativamente corto, unos sistemas de los que nadie había oído hablar antes y que hicieron posibles maneras de construir y proyectar sin precedentes. Comparado con miles de años de asentamientos humanos, un siglo es un periodo corto para ese cambio masivo que ha sufrido el entorno construido. Afrontar esos nuevos sistemas y formas concentró la atención de la profesión, lo que reforzó la necesidad de un control de arriba abajo del proyecto para alcanzar la calidad arquitectónica.

Pero la propia naturaleza humana suele cambiar lentamente, incluso en épocas revolucionarias. No hay razón para suponer que el deseo que tienen las personas de intimidad, autoidentificación, control espacial y, sobre todo, de un asentamiento entendido como un acto personal haya disminuido en un solo siglo. Al revés: el énfasis universal contemporáneo en la libertad y la identidad personales indica lo contrario. En cuanto a la estructura social, la cualidad menuda y adaptable de los tejidos urbanos históricos es más necesaria que nunca.

Con el privilegio de la perspectiva ofrecida por este estudio de Montaner, podemos predecir algunas tendencias futuras que reorientarán el foco de atención de la arquitectura y redefinirán sus competencias.

Para empezar, la revolución moderna se ha ido deteniendo. Sin duda todavía pueden esperarse inventos importantes, pero los patrones ambientales se han consolidado y un nuevo abanico de tipos ha llegado a ser familiar. Las infraestructuras y los tipos de edificios que en su día asombraban a todo el mundo ahora se dan por hechos. En resumen, los componentes de los tejidos urbanos contemporáneos son bien conocidos: permiten una amplia gama de posibles variaciones que estimularán la creatividad arquitectónica y urbanística durante un largo futuro, pero también proporcionan un mundo compartido donde actuar. En ese contexto más estable, la sofisticación profesional permitirá una reintroducción gradual de la interacción más estrecha entre el habitar y la pericia técnica que hizo que los tejidos urbanos de la historia fuesen tan adaptables y resistentes.

Es más, en las partes prósperas del mundo la expansión también se está deteniendo. Para las mentes creativas, la tierra virgen entendida como borrón y cuenta nueva para un proyecto extraordinario está perdiendo su atractivo, mientras que el cultivo de lo que ya está allí plantea el reto más estimulante. Los grandes proyectos que tanto emocionaban a generaciones y constructores anteriores sin duda no continuarán, sino que, en beneficio de la sostenibilidad y como respuesta al habitar, se convertirán en grandes proyectos menudos, capaces de asumir una adaptación fortuita de pequeña escala a lo largo del tiempo. Aunque de formas muy diversas, los tejidos urbanos contemporáneos se volverán más parecidos a los de la historia en cuanto a su capacidad para perdurar mucho tiempo y mejorar en respuesta a las exigencias del habitar. El tejido ambiental vivo de los milenios anteriores volverá a recuperará su ser, si bien a una escala y a un nivel de sofisticación material completamente distintos.

Con esa perspectiva, del estudio de Josep Maria Montaner, singularmente preparado para un trabajo como éste, podemos sacar la conclusión de que el último siglo nos ha llevado sólo hasta la mitad del camino. A las generaciones futuras aún les queda mucho por hacer.

Apeldoorn, diciembre de 2014.